

Por qué las Elegías

CRISTIAN VITALE

La pregunta de por qué hacemos lo que hacemos es tan relevante como misteriosa. Es de ese tipo de preguntas que uno hace a otro aun sabiendo que si nos la hicieran a nosotros no sabríamos cómo responderla. Pero la pregunta es también un estímulo, una invitación a darle palabras a la experiencia, es decir, forma. Por lo tanto la acepto y ensayo respuestas. Primero diría que escribí las Elegías por la misma razón, quizás, por la que hace un tiempo que no puedo hacer otra cosa que escuchar a Chopin, a Schubert, a Beethoven y otros compositores románticos en música para piano; por la misma razón por la que hubo un tiempo en que no podía dejar de pensar en los términos del juego del ajedrez; por la misma razón por la que durante un tiempo que me pareció infinito, hasta agotarse, claro, no escribí sobre otra cosa que sobre el campo en el que crecí, allá en Francisco Madero, en el oeste amplio de la provincia de Buenos Aires. Y así podría seguir. Las cosas me absorben (no sé si a todos nos pasa), se apropian de mí, me toman. Yo las dejo porque ante ellas carezco casi de voluntad. Elijo rendirme ante eso, en todo caso. Sólo me rindo, como en un

encantamiento, me dejo ir. La armonía, cuando la hay, entonces, esa serenidad de las cosas que simplemente funcionan bien, no viene de mí sino de las cosas que previamente me han tomado. Creo que, diciendo esto que digo, no estoy muy lejos de decir la verdad.

A las Elegías las empecé a escribir a partir de una mujer. Empecé a darme cuenta, mientras corría por el Parque Alberti, una tarde que recuerdo bien, que yo quería a esa mujer no menos que a las cosas entre las que ella estaba, o entre las que me la imaginaba, algo que no había sentido nunca hasta ese momento. No la hubiese querido nunca, pienso, si se hubiese mudado a otra ciudad, por ejemplo, o al campo. Yo la quería (que la quería quiere decir que la quería y también quiere decir que la deseaba) sólo entre esas cosas. Las cosas, claro, eran toda la ciudad: las plazas, las bicicletas, las veredas, los palos borrachos, los fresnos, los triángulos de las puntas, las diagonales, las rotondas, el olor de los micros cuando pasan cerca, el mapa de la ciudad, tan perfecto, los empedrados, la destilería, el bosque, los arroyos y hasta el río. Es decir que, vagamente (como se entiende todo por primera vez), entendí que lo que amaba era una mujer y a la ciudad en la que la conocí y la imaginé. Luego no supe más que lo que escribí. Aún no sé del todo cuál es el tema de esa primera elegía.

Lo que puedo describir después es el placer intenso e incontrollable de nombrar todas las cosas de la ciudad (me moderé sólo a los fines estéticos, claro), pero también las cosas que en ese momento vivía con intensidad: el ajedrez, si no mal recuerdo, también aparece nombrado, la natación y otras cosas que llevan entre sí el vínculo de ser en ese momento mi presente más absoluto. Porque esa serie de elegías es paradójica, si bien se piensa. Son

elegías que celebran lo presente. Refieren el amor de lo que está, no de lo que falta. De todos modos, quizás haya algo en el tono, y en la emoción ambigua que las gestó, que justifique ese nombre que me sigue pareciendo justo. No pretendo saber del todo por qué. Por supuesto la mujer me olvidó, yo la olvidé, y lo que queda, al menos para mí, como siempre, es la poesía.

Luego de encontrarme con ese placer de darle forma a mi presente (la intensidad y la complejidad quizás esté dada en parte por la acción de darle forma a la vida antes de que lo haga la memoria, por su cuenta), luego de encontrarme con eso, digo, lo demás fue seguir la ruta de ese goce y esa necesidad. Antes me gustaba llamarla urgencia, hoy me parece más elegante y exacta la palabra necesidad (que pierde el matiz de la inmediatez, pero gana el de la profundidad).

Creo que escribirlas fue aceptar también una suerte de cambio en la identidad (uno más), o mejor, aceptar casi en vivo la formación de una capa más en ese sedimento vivo que llamamos identidad. Asumirme de esta ciudad, urbano, habitante del presente, nadador, digamos, jugador de ajedrez. Todo parcialmente, claro. Todo un vértigo, aunque de afuera no lo parezca, de orden ontológico. Como verse crecer y contarlo.

La ciudad de La Plata, hay que decir, es profundamente poética, antes de ser nombrada. Creo que el trabajo de la poesía no es inventar la belleza sino descubrirla en las cosas. La Plata es hermosa, eso es tan indudable que apenas podemos verlo. Sólo me gustaría seguir nombrándola, encontrándole la forma (es decir su forma en mí) y, si fuese posible, expresar esa belleza para otros. En la medida en que el lenguaje pueda ser atravesado por ella (no al

revés), en la medida en que el lenguaje consiga esa humildad de saber que lo nombrado es más hermoso que el nombre, entonces habré alcanzado algo muy grande para mí, algo muy importante.

Es misteriosa la creación, la poesía, el arte, eso es misterioso. También el hecho de que hagamos lo que hacemos y no otra cosa. La belleza, por suerte, puede vivir más allá de la inteligencia, de las explicaciones, quiero decir, aunque la inteligencia (basta ver pensar a Freud, a Borges, a Schopenhauer) por supuesto también puede ser algo inmensamente hermoso.

Quiero decir una última cosa. Hace un tiempo unos amigos me invitaron a recorrer a pie la vera de un arroyo. Si no me equivoco, era el arroyo Rodríguez. Es un nombre hermoso para un arroyo. Lo recorrimos mucho, de tarde, con calor, por un camino estrecho, hasta que llegó para mí un momento parecido a una revelación. Pasamos por debajo de la autopista. Yo miraba como quien vuelve a creer en Dios. La gente, arriba, en autos, en colectivos, en motocicletas, iba y venía de Buenos Aires, recién salía o ya llegaba. Yo había hecho ese trayecto infinidad de veces e infinidad de veces me había preguntado, desde un auto o un colectivo, qué era eso que estaba allá abajo, esos campos, esas casas, eso tan propio de alguien de quien yo sólo sabía que no era yo, el lugar en donde ahora estaba. Ese cambio de perspectiva, esa revelación de entender que uno habita lo que antes sólo divisaba, ese mirar desde abajo, desde adentro, mejor, lo que antes sólo se miraba desde arriba, desde afuera, para mí es esta ciudad, la ciudad de La Plata, para mí eso es el presente, y eso también, muy probablemente sea la poesía misma. El resto sólo es oficio.